

El alba sorprendió en pie á Dalassene. Había dormido poco, pero no sentía por ello fatiga alguna, pues su insomnio había sido fecundado por reflexiones apacibles y saludables.

En aquella hora suprema, tan cercana de la muerte, Dalassene sufría la influencia del pasado, de todo aquel período dichoso de su vida que comprendía su infancia y su juventud hasta el día en que rompió locamente las tradiciones seculares de su familia. Antiguos recuerdos acudían tumultuosamente á su memoria, la ternura de sus padres, sus lecciones y sus ejemplos, su incesante y siempre despierta solicitud para hacerle dichoso; y después sus últimos consejos en el momento en que iban á desaparecer del mundo, las promesas que les había hecho y que tan prontamente había olvidado, las satisfacciones de fortuna y de carrera que debía á su herencia y al nombre que llevaba, las bondades

del rey y de la reina, la posición que tenía en su corte y, en fin, sus esponsales con Lucía, que él consideraba como el preludio de una felicidad asegurada para siempre.

Dalassene había vuelto á vivir aquel largo pasado durante las horas de aquella noche que él tenía por la última de su vida; había recorrido todos sus caminos y deteniéndose en todas las etapas, y en todas ellas había encontrado caras sonrientes y cariñosas, hacía mucho tiempo borradas de su memoria y que resucitaban entonces, graves y tristes, pero tiernamente benévolas, como para llevarle socorro y ayudarle á bien morir.

Debía, pues, creer que esos antepasados, á ejemplo de su abuelo y de su tío, estaban dispuestos á absolverle y que, con la condición de que habiendo vuelto á ser digno de ellos, permaneciese siéndolo hasta el fin, los muertos le perdonaban como le habían perdonado los vivos.

Podía permanecer digno de ellos resignándose con las decisiones del destino que le segaba en la flor de su juventud y de su fuerza, á los treinta años, cuando había contado con un porvenir de gloria. Podía y quería. Su sacrificio estaba hecho y, como se lo había dicho á Lucía y repetido á su abuelo, le aceptaba como una justa expiación.

Esas visiones se disiparon con el día, pero su influencia iba á ejercerse en él hasta el momento fatal. Delante de la muerte, se convertía en un

hombre nuevo, bajo el cual no brotaba más que en esfuerzos intermitentes el fogoso revolucionario, para protestar contra los tratamientos de que era víctima por parte de sus antiguos compañeros, no porque quisiese vengarse de ellos, sino porque ambicionaba prestar á su patria el servicio de desmascararlos antes de morir.

Tales eran sus disposiciones cuando la hora reglamentaria del paseo concedido á los presos le llevó al patio. Como en el día anterior, encontró allí á su abuelo y á su tío, que le esperaban deseosos de concertarse con él sobre los medios de defensa que habría que utilizar ante el tribunal. Solamente unos instantes los separaban de la apertura de la audiencia y apenas tenían tiempo de combinar su plan.

A la primera palabra que le dirigió su abuelo, comprendió Dalassene que los dos ancianos hacían poco caso de sus vidas y que, seguros de ser condenados, no se ocupaban más que de él.

— La verdad es, le dijo Mausabré, que mi hermano y yo hemos infringido las leyes en nombre de las cuales se nos persigue; por consecuencia, no nos queda ninguna probabilidad de ser absueltos. Pero lo que sería horrible es que tú, hijo mío, que no las has violado, fueses castigado como cómplice nuestro. Diremos, pues, la verdad, esto es, que has sido siempre extraño á nuestros actos. Te suplicamos que así lo declares con nosotros y que si se persiste en sostener lo contrario, exijas pruebas.

Dalassene protestó. Estaba resuelto á no seguir este consejo.

— Si le siguiera, dijo, aumentaría los cargos que pesan sobre usted, abuelo, y me convertiría en su acusador. Obrar así sería deshonorarme. Le he dicho á usted, y se lo repito, que no quiero separar mi suerte de la suya.

— Pero, entonces, renuncias á defenderte.

— Todo lo que hiciera con ese objeto sería inútil. Está resuelta mi pérdida y, como usted, no puedo ser salvado sin un milagro. El único recurso que me queda es tratar de amotinar al auditorio. Demostraré que sólo han perseguido á usted y á su hermano para comprometerme; recordaré los servicios que he prestado á la República y preguntaré si merezco la muerte. Fundo poca esperanza en esta apelación al pueblo; pero si lograrse conmoviera, él me libertaría y á ustedes conmigo.

El proyecto que sometía á los dos ancianos era resultado de sus reflexiones de la noche; pero, como acababa de decirlo, tenía poca confianza en su eficacia. La acusación mentirosa lanzada contra él estaba redactada con tanta habilidad como perfidia. No podía desmentirla sino achacando á sus parientes solos la responsabilidad de los actos de que estaba acusado con ellos, y esto no quería hacerlo. Cuando los dos ancianos se convencieron de ello, renunciaron á obtener de él que tratase de conjurar su sentencia.

— No nos queda más, entonces, que prepararnos á la muerte, dijo sencillamente Ninart de Lavoix.

— Me encontrará siempre preparado, respondió su hermano. A nuestra edad, y en los tiempos calamitosos que alcanzamos, el sacrificio de la vida no es nada. Pero para tí, Roberto, no es lo mismo.

— ¡Oh! yo, abuelo, respondió Roberto sonriendo, soy más viejo que ustedes. La vejez no resulta necesariamente de los años que se han vivido, sino de los sucesos en que se ha tomado parte. Los que yo he visto me han envejecido hasta el punto de hacerme creer que estoy en el mundo desde hace un siglo.

Dalassene y los dos ancianos hablaban así paseándose de un lado á otro por el patio, entre los otros presos que iban y venían á su alrededor. Los tres estaban tan tranquilos, revelaban sus caras tal serenidad interior, que no se hubiera creído que su conversación precedía tan poco al momento en que se iba á decidir su suerte. Dalassene, al levantarse, esperaba todavía recibir de la Convención un testimonio de interés. Pero habiendo pasado la mañana sin traérsele, no le esperaba ya, y, lo que prueba la transformación que se había operado en él, es que la ingratitud de sus colegas y su silencio no excitaban ya su cólera. No se preocupaba en aquel momento más que de dulcificar á los dos ancianos, por un aumento de solicitud y de ternura, el rigor de los últimos instantes y reparar así el daño que

les había hecho. En cuanto á ellos, parecían poner empeño en probarle que al dejar caer sobre él palabras de clemencia habían sido sinceros y que su perdón era definitivo. Roberto no oía de su boca ninguno de sus antiguos reproches, como si, después de haberle perdonado se propusiesen no decir nada que le recordase el pasado.

Su actitud tuvo una consecuencia que Dalassene no hubiera esperado. Cuando, en el día anterior, apareció en el patio, fué acogido con murmullos y hasta con risas de aprobación. Los presos se regocijaban al ver que compartía su suerte uno de los convencionales á quien atribuían justamente su desgracia. Dalassene no había podido desconocer estas manifestaciones, que expresaban el odio y el desprecio de las víctimas hacia sus verdugos.

Pero en cuanto corrió el rumor de que se había reconciliado con sus parientes, esas manifestaciones cesaron y Roberto echó de ver que á la hostilidad del primer momento había sucedido una tendencia á la piedad.

Esa tendencia se acusó todavía cuando se supo que Dalassene iba á comparecer ante el tribunal con los dos ancianos. Roberto se aprovechaba de la compasión de que ellos eran objeto; y su muerte, aunque considerada como un castigo de sus faltas, no iría acompañada de aplausos ni de maldiciones.

A las once, los dos Ninart y él fueron conducidos al palacio de justicia é introducidos en la sala en

que estaba constituido el tribunal revolucionario. En el trayecto de la Conserjería al Palacio, no encontraron casi á nadie y los escasos testigos de su paso permanecieron silenciosos, lo que fué para Dalassene la primera decepción.

Experimentó la segunda al entrar en la sala de audiencia. Esperaba Roberto ver allí una multitud simpática y, entre ella, los numerosos amigos que tenía en París y á quienes creía dispuestos á defenderle. Pero no estaban allí más que los concurrentes habituales del tribunal, gorros fríos y calceteras, toda la plebe acostumbrada á palmotear cuando los jueces pronunciaban sentencias de muerte.

Su entrada fué saludada por una explosión de dicharachos injuriosos y ni una voz se levantó para protestar. Roberto no sufrió por aquellos insultos sino á causa de su abuelo y de su tío, pues él los despreciaba y les opuso una mirada desdeñosa. Pero estaba humillado interiormente al pensar que, durante tanto tiempo, se había vanagloriado de los aplausos de aquel cobarde populacho que, después de haberle levantado hasta el pináculo, le arrastraba por el arroyo.

Por fortuna, entre aquellas caras sarcásticas y contraídas por la ironía, vió una en la cual se reposaron sus ojos, la de Esteban Jerold. Ambos se sonrieron tristemente comunicándose á distancia, en la única forma que les estaba permitida, las dolorosas emociones que les agitaban. Sin poder decirselo,

estaban de acuerdo para reconocer que, al someter á Dalassene al tribunal, sus acusadores habían procurado intencionadamente que en torno de su proceso reinase el silencio, á fin de evitar los movimientos populares que hubieran podido producirse en su favor. Se le trataba como un acusado ordinario, como un comparsa obscuro, lo que equivalía á asesinarle en la sombra.

Aunque había medido hacía mucho tiempo la maldad de sus enemigos, Dalassene no esperaba este último rasgo y contaba con haber oído en el momento de su muerte las protestas indignadas de todos los buenos patriotas. No siendo así, resultaba inútil el discurso que se había propuesto pronunciar. ¿Para qué ese último esfuerzo si estaba seguro de que su voz sería ahogada y de que su llamada no sería oída?

Se inclinó hacia su abuelo, sentado al lado suyo, con Ninart de Lavoix, en el banco de los acusados, y le dijo:

— Verá usted como esos miserables nos impiden hablar.

— Estoy seguro de ello, mi querido hijo, y renuncio á defenderme, declaró Mausabré.

— Yo renuncio también, añadió su hermano.

Esta resolución abreviaba de antemano los debates judiciales que iban á abrirse. Era responder al deseo del presidente del tribunal y del acusador público Fouquier-Tinville, que habían recibido órdenes

y, sujetos por el miedo á los que se las daban, no eran hombres de infringirlas. El proceso debía ser llevado á marchas dobles; había que evitar que los acusados, Dalassene sobre todo, tuviesen mucho tiempo la palabra. Si su defensa se prolongaba y si amenazaba con influir favorablemente en los jurados ó en el auditorio, había que interrumpirla. Lo importante, en una palabra, era que fuesen condenados.

Basta haber recorrido los procedimientos odiosos de aquel tribunal de sangre para saber que, casi siempre, pasaban así las cosas. Cuéntanse por centenas las víctimas que fueron condenadas sin haber podido defenderse. Esta debía ser también la suerte de Dalassene y de los ancianos de quienes, odiosamente, se le declaraba cómplice.

Fiel al papel que se había trazado, omitió en sus respuestas el argumento más eficaz. No pudiendo negar que Ninart de Mausabré había transportado á Turín los fondos de que su hermano era depositario, y los había restituído á unos emigrados, hubiera rendido homenaje á la verdad afirmando que esta operación se había hecho sin saberlo él. Pero esto hubiera sido reconocer su realidad, que, por otra parte, no negaban los dos ancianos. Su respuesta se resintió del embarazo en que le ponía el temor de comprometerlos más de lo que ya estaban y de la resolución que había tomado de no sobrevivirlos.

En vano Mausabré, no escuchando más que el ardor de su alma generosa, le defendió recordando en términos conmovedores lo que había pasado en Turín entre su nieto y él. El acusador público afectó no tener para nada en cuenta esas declaraciones y, al ver que el anciano las renovaba con más fuerza, se produjo un tumulto en el auditorio para cubrir su voz.

Fouquier-Tinville tomó entonces la palabra y, ayudado de los elementos que tenía en su mano, compuso toda una novela en la que se veía á los tres acusados urdir un complot para destruir la República y poner en el trono al hijo del tirano decapitado.

Grandes aplausos saludaron la peroración de su discurso; pero en el momento en que se sentaba enjugándose la frente, Dalassene se levantó y le apostrofó:

— Has mentido, Fouquier-Tinville, y lo sabes muy bien. Instrumento de mis enemigos, me haces condenar á muerte y matas conmigo á dos ciudadanos íntegros cuyo verdadero crimen, á tus ojos, es tener en las venas la misma sangre que corre por las mías. El crimen que cometes no es el primero que te reprochará la posteridad, ni será el último; pero serán castigados y vengadas las víctimas. Perecerás, Fouquier-Tinville, y contigo todos los que sirven como tú los tenebrosos designios de los enemigos de la libertad. Pereceréis todos á manos de ese mismo verdugo al que hoy nos entregáis.

Dalassene subrayó con un gesto enérgico esta profecía pronunciada con voz vibrante, y, extendiendo los brazos, enlazó á los ancianos que tenía á su lado, los atrajo hacia él y les pidió perdón por última vez. Los ancianos le abrazaron por toda respuesta.

La multitud, estupefacta, se quedó callada durante unos segundos, y Fouquier-Tinville, interpretando ese silencio como un síntoma de manifestaciones favorables á los acusados, miró al presidente. Este comprendió é hizo una seña á los jurados, que se levantaron para deliberar, mientras los acusados salían de la sala.

Al cabo de un cuarto de hora se les volvió á traer. La deliberación no había sido larga. Una orden de Fouquier-Tinville pasada á los jurados les dictaba la sentencia que debían dar. Era una sentencia de muerte. Los condenados la escucharon con la cabeza alta y sin que se desmintiera su valor. Al entrar en la Conserjería, se les notificó que serían ejecutados en aquel mismo día, á las cuatro.

Renunciamos á describir sus últimos momentos. La intrepidez ante la muerte no fué un hecho excepcional en aquellos tiempos. La mayor parte de los desgraciados que entonces perecieron fueron al suplicio con la sonrisa en los labios. Los hubo que, desde la carreta que los llevaba á morir, desafiaron con el gesto y con la palabra á la multitud que los insultaba y aullaba á su alrededor. Otros, indiferen-

tes á los gritos y á los insultos, se preparaban á morir. Pero todos ó casi todos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, dieron ejemplo de una heroica valentía. Ese ejemplo fué seguido por los dos Ninart y por su nieto. Para saber cómo murieron, basta recordar cómo habían muerto tantos otros antes que ellos y cómo debían morir después.

Entre las circunstancias de su muerte, hay una que merece mencionarse. Dalassene había pagado al verdugo para ser ejecutado el último. Había querido evitar á su abuelo y á su tío el espectáculo de su muerte. En el momento en que, llamado el primero, Ninart de Lavoix subía á la guillotina, su sobrino se colocó delante de Ninart de Mausabré para evitar que viese caer la cabeza de su hermano mayor. Cuando tocó el turno á Mausabré, Roberto le abrazó por última vez y le sostuvo como pudo mientras él decía con voz firme:

— Hasta muy pronto, hijo mío, hasta muy pronto.

Cinco minutos después, el joven convencional no existía tampoco.

La enfermedad había obligado á Lucía á permanecer en la cama en los momentos en que se desarrollaban estas trágicas peripecias y favoreció los esfuerzos que hicieron Clara, la Gerard y Esteban para que las ignorase. Presa de la fiebre y del delirio, no pudo ver la tristeza pintada en la cara de los que la cuidaban; no pudo leer las gacetas que contaban el supuesto complot realista cuyos autores aca-

haban de ser castigados; no oyó gritar por las calles el relato de la traición del representante. Dalassene ni el de su proceso y de su muerte. No conoció su desgracia hasta tres semanas después, en el momento en que se terminaba su convalecencia. Estaba entonces en Suiza, adonde Esteban había podido conducirla, gracias á los pasaportes proporcionados por Belliere, con Clara y la fiel Gerard.

El suceso que la dejaba viuda no produjo en ella el efecto que todos habían temido. Por muy cruel que fuese su dolor, se resignó á él más pronto de lo que todos esperaban, bien porque esperase la catástrofe, bien porque, considerándola también como una expiación, quisiese expiar ella también el tiempo que le quedase de vida, bien, en fin, porque le repugnase ensombrecer con muestras de una desesperación, demasiado larga, los amores de su hermana, que iba á casarse con Esteban dentro de pocos días. Estaba decidido que Lucía viviría con ellos. La viuda se había negado al principio, pero había acabado por ceder á sus instancias, aunque decía que era aquella más felicidad de la que había merecido.

La noticia de la muerte del conde de Entremont, muerto en los Alpes al frente de sus soldados defendiendo contra los franceses su país invadido, fortificó esta convicción. Ignoraba aún Lucía que el conde había muerto sin saber que ella se había separado para siempre de él haciendo pronunciar el divorcio, y temía que al morir la hubiese maldecido

y que, abandonado por ella, hubiese salido al encuentro de las balas enemigas.

Todo esto era demasiado para que Lucía tratase de buscar la dicha en el mundo. Proponíase, pues, no aparecer más en él y hacer hasta su último día una existencia retirada, que consagrara al arrepentimiento y á las lágrimas.

Apenas si en este momento, cuando los remordimientos y las penas se disputaban su corazón, vislumbraba en un porvenir muy lejano la posibilidad de ser aún dichosa algunas veces en el hogar conyugal de su hermana. Y, sin embargo, si era posible que lo fuese, no podía ser más que allí. Sabía que en aquel refugio, único que le quedaba, encontraría siempre bastante tierna abnegación para consolarla y asistirle en las tristezas de la vida á que se consagraba para reparar el pasado.

FIN

BIBLIOTECA DE LOS NOVELISTAS

- BLEST-GANA. La aritmética en el amor. 2 t. 12.
 — El ideal de un calavera. 2 t. 12.
 — Martín Rivas. 2 t. 12.
 — El pago de las deudas. 1 t. 12.
 — La Fascinación. 1 t. 12.
 — El primer amor. 1 t. 12.
 CASTERA (Pedro). Carmen. Historia de un corazón. 1 t. 12.
 CHAMPSAUR. El nido vacío. 1 t. 12.
 CHATEAUBRIAND. Atala y René. 1 t. 12.
 DECOURCELLE. Los dos Pilletes. 2 t. 12.
 — El Crimen de una santa. 1 t. 12.
 DOCTEUR (Carlos). Por un título. 1 t. 12.
 DUMAS HRO. La Dama de las Camelias. 1 t. 12.
 DUMAS A. El capitán Pablo. 1 t. 12.
 — El caballero de Casa Roja. 2 t. 12.
 — El caballero de Harmental. 2 t. 12.
 — La Hija del regente. 2 t. 12.
 — Compañeros de Jehú. 2 t. 12.
 — El conde de Montecristo. 7 t. 12.
 — La condesa de Salisbury. 1 t. 12.
 — La guerra de las mujeres. 2 t. 12.
 — Memorias de un médico. 6 t. 12.
 — El collar de la reina. 4 t. 12.
 — Angel Pitou. 2 t. 12.
 — La condesa de Charny. 5 t. 12.
 — Los mil y un fantasmas. 3 t. 12.
 — Los Mohicanos de París. 10 t. 12.
 — Napoleón. 1 t. 12.
 — La reina Margarita. 2 t. 12.
 — La Dama de Monsoreau. 3 t. 12.
 — Los Cuarenta y Cinco. 4 t. 12.
 — La San Felice. Emma Lyonna. 8 t. 12.
 — Sultanetta. 1 t. 12.
 — Los tres Mosqueteros. 3 t. 12.
 — Veinte años después. 4 t. 12.
 — El vizconde de Bragelonne. 6 t. 12.
 — Isabel de Baviera. 2 t. 12.
 — La Regencia. 1 t. 12.
 — Luis XV. 2 t. 12.
 — Las Lobas de Machecoul. 3 t. 12.
 — El Speronare. 2 t. 12.
 — El capitán Arena. 1 t. 12.
 — El Corricolo. 2 t. 12.
 — Un año en Florencia. 1 t. 12.
 — La Villa Palmieri. 1 t. 12.
 — Las orillas del Rin. 2 t. 12.
 — Quince días en el Sinaí. 1 t. 12.
 — La Suiza. 3 t. 12.
 ENSEÑAT. Tritón. 1 t. 12.
 — Por la honra. 1 t. 12.

BIBLIOTECA DE LOS NOVELISTAS *(Continuación)*

- FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ. *Dama de Noche*. 1 t. 12.
 FERRY. *El indio Costal*. 1 t. 12.
 — *Escenas de la Vida militar en México*. 1 t. 12.
 FEVAL (P. Hijo). *El Sargento Buena Espada*. 1 t. 12.
 — *El heroísmo con faldas*. 1 t. 12.
 — *La maestra de armas*. 1 t. 12.
 — *El Duque de Nevers*. 1 t. 12.
 — *El Parque de los ciervos*. 1 t. 12.
 — *La Reina Cotillón*. 1 t. 12.
 GAMBOA (Federico). *Suprema ley. Novela americana*. 1 t. 12.
 GENLIS. *El sitio de la Rochela*. 1 t. 12.
 GÓMEZ CARRILLO. *Del amor, del dolor y del vicio*. 1 t. 12.
 — *La bohemia sentimental*. 1 t. 12.
 — *Maravillas*. 1 t. 12.
 HERNÁNDEZ. *Desequilibrio*. 1 t. 12 (Novela psicológica).
 HUGO. *De orden del rey*. 2 t. 12.
 IBO ALFARO. *Malditas sean las mujeres*. 1 t. 12.
 INCLÁN. *Astucia. El jefe de los Hermanos de la Hoja*. 2 t. 12.
 ISSAC JORGE. *María. Novela americana*. 1 t. 12.
 KOCK (P. de). *El Prado de amapolas*. 2 t. 12.
 LAVALLE COBO. *Voces perdidas*. 1 t. 12.
 LOTI. *Mi hermano Ives*. 1 t. 12.
 LÓPEZ-PENHA. *Desposada de una sombra*. 1 t. 12.
 MARY (Julio). *Los últimos cartuchos*. 2 t. 12.
 MEJORES AUTORES ESPAÑOLES. *Novelas cortas*. 1 t. 12.
 — *Mejores cuentos*. 1 t. 12.
 NOMBELA. *Historia de un minuto*. 1 t. 12.
 — *La novela de una joven*. 1 t. 12.
 — *La piedra filosofal*. 1 t. 12.
 — *La realidad de un sueño*. 1 t. 12.
 — *Un hijo natural*. 1 t. 12.
 — *La niña de oro*. 1 t. 12.
 — *El secreto de la vida*. 1 t. 12.
 — *Bisutería literaria*. 1 t. 12.
 — *El último duende*. 1 t. 12.
 — *La semilla y el fruto*. 1 t. 12.
 PARDO. *Villabrava*. 1 t. 12.
 PELA (Juan de Dios). *Memorias, reliquias y retratos*. 1 t. 12.
 RUBÉN DARÍO. *Peregrinaciones*. 1 t. 12.
 SAVAGE. *Mi esposa oficial*. 1 t. 12.
 SIENKIEWICZ. *El Diluvio*. 2 t. 12.
 SINUES. *Sofía Restaud*. 1 t. 12.
 THEURIET (André). *Flavia*. 1 t. 12.
 WISSEMANN. *Fabiola*. 2 t. 12.
 ZOLA (Emilio). *La caída del Padre Mouret*. 2 t. 12.
 — *Los Misterios de Marsella*. 2 t. 12.
 VARGAS VILA. *Aura ó las violetas*. — *Emma*. — *Lo irreparable*.
 — *Copos de Espuma*. 1 t. 12.
 — *Rosas de la tarde*. 1 t. 12.

BIBLIOTECA DE LOS MEJORES NOVELISTAS

Cada obra se vende á la rústica con una bonita cubierta ilustrada ó en tela con relieves de colores.

- BAZIN (R.). *La Aislada*.
 BOURGET. *La Etapa*.
 — *El Fantasma*.
 — *El Emigrado*.
 COPPÉE (E.). *El Culpable*.
 DAUDET (Alfonso). *La Capilla del Perdón*.
 — *Cabeza de Familia*.
 DAUDET (E.). *La Carrera al precipicio*.
 DE BRAY (Eduardo). *La venganza de una madre*.
 FARRERE. *La Batalla* (con grabados).
 FLAMMARIÓN. *Estela* (con grabados).
 — *Fin del mundo* (con grabados).
 — *Urania* (con grabados).
 HUYSMANS. *Olas humanas de Lourdes*.
 LEBLANC. *Arsenio Lupin*.
 — *Arsenio Lupin contra Herlock Sholmes*.
 — *La aguja hueca*.
 — *813*.
 — *El hombre negro*.
 LEROUX. *El Misterio del cuarto amarillo*.
 — *El Perfume de la Dama de negro*.
 — *El Fantasma de la Opera*.
 — *El hombre de la noche*.
 — *El Príncipe Agra*.
 LOTI. *Las desencantadas*.
 MAUPASSANT (G. de). *El Buen Mozo*. 108 lám.
 MYRIAM HARRY. *La Conquista de Jerusalén*.
 OHNET (Jorge). *El Vendedor de veneno*.
 — *Camino del amor*.
 — *El Aventurero*.
 — *La Tenebrosa*.
 — *La Gente alegre*.
 — *En el fondo del abismo*.
 — *El Rey de París*.
 — *El Cura de Favières*.
 — *Inútil Riqueza*.
 — *Un antiguo rencor*.
 — *La Dama vestida de gris*.
 — *La Hija del diputado*.
 PREVOST (Marcel). *Virgenes á medias*.
 — *La Princesa de Erminge*.
 — *El Otoño de una mujer*.
 — *Cartas de mujeres*.
 — *Pedro y Teresa*.
 STENDHAL. *Amistad amorosa*.
 ? *Apuntes de una reina de hoy*.

OBRAS DE J. M. VARGAS VILA

*Encuadradas con pasta de lujo.
Cada obra forma un tomo 12.*

Alba roja.
Alma de los lirios.
Camino del Triunfo.
Ars verba.
Divinos y los humanos (los).
Flor del Fango (Etopea).
Ibis.
Laureles rojos.
Parias (los).
Simiente (la).
Prosas laudes.
República romana (la).
Verbo de admonición y de combate.
La conquista de Bizancio.
Páginas escogidas.

BIBLIOTECA ARTÍSTICA

*Ediciones de lujo, con grabados sobre madera.
Tamaño en 12º oblongo
Rústica, cubierta ilustrada ó Bradel amateur, cabeza dorada.*

ALTAMIRANO. Clemencia.
BALZAC. Los Soldados del Imperio.
CASTANIER. La Orgía romana.
— La Hija de Cresos.
— La Cortesana de Menfis.
— El Loto del Ganges.
DOMINICI (P. C.). Dionysos.
HALEVY. El abate Constantino.
KELLER. Amores Antiguos.
LOUYS. Afrodita.
— La mujer y el pelele.
— Las aventuras del Rey Pausole.
MASSÓN. Napoleón y las mujeres.
REBELL. La Nichina.



